



EUCARISÍA. PROFUNDIZACIÓN DOCTRINAL¹

Introducción

«El “contenido” de la celebración eucarística es la presencia real sacramental del sacrificio de Cristo; es decir, el sacrificio de Cristo realmente presente de manera sacramental, tanto durante la celebración como después y hasta que las especies caduquen»².

Palabras claves: Presencia real, Sacramento, Sacrificio.

«La presencia real es la modalidad con la cual el sacrificio de Cristo se hace presente en la Eucaristía, con una fuerza tal que cambia la identidad del pan y el vino utilizados en la celebración»³.

Primero analizamos «el sacrificio», que es el contenido de la Eucaristía (I); luego «la presencia real», que es la forma en la cual el sacrificio se da por medio del sacramento (II).

I. El carácter sacrificial de la Eucaristía

1. En el **Nuevo Testamento** los textos que hablan de la Eucaristía no usan directamente el término «sacrificio», pero al leerlos cuidadosamente se entiende que éste es precisamente el significado que Jesús mismo da a su muerte y a la Eucaristía, en la cual anticipa su muerte y ofrece su vida.

En Marcos (14.24) y Mateo (26.28) que, como vimos, se refieren al sacrificio ofrecido por Moisés en el Sinaí con ocasión del Pacto (Ex 24,8) y al Siervo sufriente de Yahvé (Is. 53,10) en Lucas (Lc 22:19) y sobre todo en Pablo (1Cor 11,26): «*Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor, hasta que vuelva*».

Por lo tanto, si la cruz de Cristo es un sacrificio (en qué sentido, lo veremos más adelante), por la relación tan estrecha que les une, también la Eucaristía lo es.

2. Los **Padres de la Iglesia** (es decir, los padres de los primeros cuatro siglos) se mueven en la misma línea de pensamiento y el término sacrificio no les crea problemas.

3. En la **Edad Media** las cosas cambian debido a la progresiva pérdida de comprensión del significado de «Memorial». La Eucaristía ya no se percibe como una «participación» en el sacrificio del Calvario, sino como un «recuerdo». El objetivo se vuelve cada vez más devocional: despertar compasión por la pasión de Jesús; y la Eucaristía termina siendo considerada simplemente un acto religioso.

¹Texto de referencia: P. Caspani, “*Pane vivo spezzato per il mondo. Linee di teologia eucaristica*”. Cittadella Editrice.

² Op. cit. p. 365

³ Ibid.

Esto se debe a que la teología de la época (la llamada "teología escolástica") se concentra tanto en el tema de la «presencia real», que pierde de vista la dimensión de «sacrificio». Esto parece provocar una "separación" entre el sacrificio de la cruz y el de la Eucaristía, hasta el punto que alguien habló del sacrificio de Cristo (la cruz) y del sacrificio de la Iglesia (la Eucaristía).

4. Con razón, los **Reformadores protestantes** (Lutero, Calvino, Zwingli...) no pudieron aceptarlo y hablaron de sacrificio sólo en un sentido metafórico o simbólico.

5. El **Concilio de Trento**, por lo tanto, tuvo que tomar una posición y lo hizo con el decreto «De ss. *Missae sacrificio*» (del 17 de septiembre de 1562) diciendo que:

- la misa es un «sacrificio verdadero y singular» (DH 1738) y «verdaderamente propiciatorio» (DH 1743), es decir: un sacrificio verdaderamente capaz de perdonar pecados.

- y, al mismo tiempo, no quita la unicidad del sacrificio de la cruz, que sigue siendo suficiente para la salvación de los hombres (DH 1754).

El problema del Concilio de Trento es que no usa los términos apropiados (las palabras justas) para expresar adecuadamente la relación y dependencia del sacrificio de la Eucaristía con el de la cruz. Esto creará problemas de interpretación en los siglos siguientes.

La Eucaristía contiene y hace presente el sacrificio de la cruz

La teología contemporánea va en la línea de la «*teología misterica*» de Casel, quien afirma que «**la misa es sacrificio porque contiene y hace presente el sacrificio de la cruz**»⁴.

Además, la Misa no produce una nueva gracia, pero tampoco aplica al creyente la gracia merecida por Cristo en la cruz, sino que le permite al creyente mismo participar directamente en la acción salvífica de Cristo, a través de la celebración litúrgica.

En palabras simples: la Eucaristía no recoge el fruto de la gracia del árbol de la cruz para ofrecerlo al creyente, sino que coloca al creyente a los pies de la cruz de Cristo para que el creyente mismo pueda participar directamente de la acción salvadora.

El sacrificio de la cruz en la Eucaristía: Un encuentro de libertad

Que el creyente «pueda» participar directamente de la acción salvadora de la cruz de Cristo significa que su participación no es totalmente pasiva. Al contrario, la salvación de Cristo en la acción litúrgica despierta la participación de la libertad humana.

El creyente y la Iglesia (es decir, la Asamblea de creyentes) reciben y acogen (libremente, no pasivamente) la salvación de Cristo.

La gracia sacramental es, por lo tanto, la forma en la que se relaciona Cristo con el creyente, implementada a través del sacramento. Relación formada por el encuentro de dos libertades: la libertad de Cristo (la presencia de su sacrificio en la Eucaristía) y la libertad del creyente / de los creyentes (la participación eclesial en la Eucaristía).

Por lo tanto, el sacrificio es único: el de la cruz, que se hace accesible para el creyente en la Eucaristía. Precisamente esta invitación, no una obligación, hace al hombre verdaderamente libre: permitiéndole hacer suya la verdad de Jesús.

⁴ Op. cit. p. 371

¿En qué sentido es un Sacrificio?

La Eucaristía es un sacrificio porque, por medio del sacramento, vuelve a hacer presente el sacrificio de la cruz, pero ¿en qué sentido debe entenderse el concepto de "sacrificio"?

El Concilio de Trento no especificó esto porque estaba enfocado en responder a los reformadores protestantes que solo negaban el hecho de que la Eucaristía fuera un sacrificio (a riesgo de no salvaguardar la unicidad que tiene con el sacrificio de la cruz): el concepto de sacrificio, en cambio, ambas partes lo tenían claro, así que no fue necesario analizarlo o explicarlo.

El problema es que, tomada en sentido común, la idea del sacrificio nos haría pensar en una víctima (Jesús) que debe sacrificarse al Padre para nuestra salvación. Esto evocaría la imagen de un Dios irritado por el pecado del hombre que, para calmar su sed de justicia, exige la muerte del Hijo. Lo cual contrastaría radicalmente con toda la predicación de Jesús sobre Dios.

Tenemos pues que interpretar el concepto de sacrificio desde un contexto propiamente bíblico. El Nuevo Testamento expresa la relación entre la Pascua (muerte + resurrección) de Jesús y la Alianza de Dios con los hombres (de la cual Jesús es el mediador definitivo: esta era su misión) reconociendo un valor sacrificial a su pasión y muerte. En el Antiguo Testamento el sentido original y fundamental de «sacrificio» es el de un rito de comunión.

Llamar «sacrificio» a la muerte de Jesús no significa, entonces, considerarla como un castigo, sino como el gesto en el que se realiza la comunión definitiva de Dios con los hombres.

Sacrificio, sí, porque la muerte en la cruz es sangrienta y, además, porque expía el rechazo radical de la Alianza ofrecida por parte de Dios. Pero sacrificio decidido por los humanos – no por Dios – que Jesús transforma en el gesto de su comunión definitiva con los hombres pecaminosos y de ellos con el Padre.

Este sacrificio de Jesucristo que produce salvación porque en la cruz se encuentran la voluntad del Padre de conservar su Alianza-salvación con los humanos más allá del rechazo de ellos, y la obediencia del Hijo (a quien los hombres están asociados) a este plan de salvación del Padre. Viviendo así su propia pasión-muerte, Jesús realiza el sacrificio de comunión con una intensidad sin medida.

Obviamente todo esto es cierto y posible solo gracias a que Jesús ha resucitado. Mejor dicho: porque el Padre lo resucitó, confirmando así la verdad del valor que Jesús había atribuido a su muerte. Constituyéndolo también Señor vivo y eternamente presente entre los suyos, principalmente en la Eucaristía que de lo contrario sería un simple símbolo, una memoria y no el Memorial que nos permite encontrarlo personalmente en el acto de ofrecerse en sacrificio por nosotros.

En resumen: cruz y resurrección son los dos momentos inseparables de la Pascua, a los cuales Cristo nos permite participar en la Eucaristía.

II. Presencia real y Transubstanciación

Según la doctrina católica no sólo la persona de Cristo está presente en la Eucaristía, sino también el evento salvífico que Él realizó, es decir: el sacrificio de Cristo. En otras palabras, Jesús no está presente en la Eucaristía en forma pasiva como un cuerpo inerte, sino en el acto de producir la salvación.

I. ¿Cómo es posible esta presencia? El **Concilio de Trento**, en el decreto *De sanctissima eucharistia* (11 octubre de 1551) formula tres declaraciones doctrinales que podemos resumir de la siguiente manera:

1. Toda la presencia de Cristo (cuerpo, sangre, alma y divinidad) se afirma a través de tres adverbios: **vere, realiter, substantialiter**. Es decir, de manera «verdadera»: no como simple signo que se refiere a otra cosa. De manera «real»: no como figura que retrata una cosa o una persona que está en otra parte. De manera «sustancial»: no como si Cristo ejerciera su acción a través de los elementos (pan y vino) permaneciendo a distancia.
2. Todo Jesucristo (cuerpo, sangre, alma y divinidad) está presente bajo cada una de las dos especies (pan y vino).
3. Todo Jesucristo (cuerpo, sangre, alma y divinidad) está presente bajo cada fragmento de las especies.

Todo esto es posible por la operación que la doctrina católica llama «**Transustanciación**»; es decir, cambio de sustancia.

Cambio total de «**sustancia**» del pan y del vino que se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero no cambio de las «**especies**» que siguen siendo pan y vino.

La «**sustancia**» es la identidad de una cosa (lo que es: La Eucaristía es Cristo y no pan o vino); «**especies**» son las características de las cosas (forma, color, sabor...).

II. Entonces, ¿Quién tiene el poder de llevar a cabo la Transustanciación? Cristo mismo.

«*La transustanciación es la acción de Jesucristo, quien, mediante la acción ritual de la Iglesia, cambia el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre derramada, haciendo presente el sacrificio de la cruz para que los hombres puedan participar en él*»⁵.

III. La Transustanciación propicia la presencia real de Cristo en el acto de sacrificarse en la cruz a través del cambio de sustancia del pan y el vino y hasta cuando las especies permanezcan (hasta que caduquen), la presencia real de Cristo también permanece.

Por esta razón tiene sentido mantener la Eucaristía en el Tabernáculo y llevarla a los enfermos, pero siempre con la intención de que la coman para entrar en comunión con Cristo.

⁵ Op. cit. p. 393